



*Etudes Romanes* 62

Collection dirigée par  
Anita Berit Hansen  
Hanne Jansen

Rédaction du volume 62:  
Hanne Jansen  
Anita Berit Hansen

INSTITUT D'ÉTUDES ANGLAISES, GERMANIQUES ET ROMANES  
UNIVERSITÉ DE COPENHAGUE

Leonardo Cecchini &  
Hans Lauge Hansen (eds)

Conflictos de la memoria/Memoria de  
los conflictos. Modelos narrativos de  
la memoria intergeneracional  
en España e Italia

Conflitti della memoria/Memoria dei  
conflitti. Modelli narrativi della  
memoria intergenerazionale  
in Italia e Spagna

MUSEUM TUSCULANUM PRESS  
UNIVERSITY OF COPENHAGEN  
2015

# Memoria y postmemoria en la narrativa de Rafael Chirbes<sup>1</sup>

por  
PATRICIA CIFRE WIBROW

El pasado es un *alien* que llevamos todos dentro, que engorda,  
que está ahí siempre a punto de reventarnos el pecho y escapar.  
(Chirbes 2007 : 93)

## Rafael Chirbes como autor de la segunda generación

Rafael Chirbes, nacido en 1949, pertenece a una generación que no hizo la Guerra Civil, pero heredó sus consecuencias, una generación que creció envuelta en los relatos que se contaban entonces aún en caliente. Libres de responsabilidad y de culpa, y con acceso privilegiado a un inmenso bagaje de historias, los escritores de esta segunda generación<sup>2</sup> podían nutrirse tanto de lo aprendido como de lo heredado; relatar lo sucedido con una visión al mismo tiempo emocional e intelectual del conflicto. Por esto parecían predestinados a ser sus grandes relatores, como, de hecho, sucedió en otros países como Alemania.<sup>3</sup> En España esta segunda generación se vio, sin embargo, lastrada por una cultura transicional que preconizó el olvido como único

---

<sup>1</sup> Este trabajo ha sido elaborado en el marco del Proyecto de Investigación « Historia y memoria en la narrativa alemana actual (Referencia: FFI2012-37358) ». Dicho Proyecto está financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER).

<sup>2</sup> El término « segunda generación » es usado aquí tanto para los hijos de las víctimas como para los de los victimarios de la Guerra Civil.

<sup>3</sup> Los grandes nombres asociados a la literatura de la memoria pertenecen en Alemania sobre todo a la segunda generación: Heinrich Böll, Günter Grass, Martin Walser, Uwe Jonson, Max Frisch, Thomas Bernhard, Christa Wolf, Uwe Timm, Bernhard Schlink y un largo etcétera.

medio capaz de reestablecer o mantener la paz social, fomentando una retórica conciliadora tendiente a desvincular el presente del pasado y a nivelar las responsabilidades de uno y otro bando (Cifre Wibrow 2011, 2012, 2013).

Negándose a ceder a tales presiones, Chirbes sacó desde el comienzo de su trayectoria el máximo partido a su posicionamiento generacional, procesando las historias a las que tenía acceso sin establecer falsos equilibrios entre ellas. Lejos de naturalizar el silencio como si fuera fruto del paso del tiempo y no de la represión y del desinterés, su narrativa saca a relucir la energía psíquica que la sociedad española ha debido invertir en mantener olvidado lo que en realidad seguía ahí, en estado de latencia, siempre dispuesto a desestabilizar el presente. Esta vinculación tan íntima entablada entre el presente y los recuerdos que permanecen «en reserva», así como su interés por los conflictos que estallan entre la memoria y la postmemoria<sup>4</sup> le garantiza un lugar de excepción entre los escritores de la segunda generación y lo conecta con la novela de la memoria producida ya más recientemente por escritores pertenecientes en gran parte a la tercera generación, caracterizada por Hans Lauge Hansen sobre todo en función de su interés por la vertiente social de la memoria (2013).

En el presente artículo se analizará la articulación narrativa establecida por Chirbes entre memoria y postmemoria, fijando la atención en los conflictos que se producen entre la memoria comunicativa y la cultural (Assmann 1999). A modo de conclusión, se subrayarán las diferencias que esta conceptualización de la memoria presenta con respecto a los enfoques adoptados por las novelas de la segunda generación («second-generation novels») surgidas en relación con la Shoah.

### Conflictos entre memoria y postmemoria

El desacuerdo de Chirbes con respecto a la política de olvidos instaurada en España desde la Transición encuentra su reflejo narrativo en un marcado interés por los mecanismos de transmisión generacional de la memoria, tal y como se manifiestan primero en la familia y más tarde en el espacio público. En tanto que primera comunidad comunicativa en la que se integra el individuo y a través de la cual asimila toda una serie de relatos que se revelan como poderosos transmisores de esquemas de valores, de interpretaciones y explicaciones, la familia desempeña un papel destacado en su narrativa, aunque los conflictos que estallan en este espacio íntimo siempre acaban saltando hacia fuera, cobrando una nueva dimensión social y política a medida que la

<sup>4</sup> El concepto de «postmemoria» es usado aquí en el sentido en que fue acuñado por Marianne Hirsch. Ver su artículo «The Generation of Postmemory» (2008).

memoria comunicativa transmitida de padres a hijos va entrando en contacto, y en conflictivo, con la memoria cultural construida en el espacio público.

Esta preocupación por las formas de procesamiento y transmisión de la memoria y su conversión en postmemoria vincula la narrativa de Chirbes a las reflexiones de autores como Maurice Halbwachs (2004 [1925]), Aleida Assmann (1999), Harald Welzer (2010 [2002]), con los que comparte, quizás sin haberlos leído, el convencimiento de que no recordamos solos, sino dentro de lo que Halbwachs denominó los «marcos sociales de la memoria» (2004 [1925]). Los relatos que nos han contado en nuestra familia, y nosotros contamos a los demás, se transforman a medida que nos inscribimos y afiliamos a grupos y comunidades más amplias. Quiere esto decir que de forma más o menos consciente elaboramos y reelaboramos nuestras señas identitarias, adaptándolas a las necesidades cambiantes del entorno socio-político y cultural. Chirbes presta singular atención a estos procesos de reajuste mediante los cuales la memoria se va adaptando al presente que la convoca, y encuentra muchas formas de recoger las transformaciones operadas en ella, unas veces de forma más directa, a través de los recuerdos de los personajes de la primera generación y de los pensamientos que éstos suscitan más tarde en ellos, y otras de forma más indirecta, a través de la distancia que media entre lo que los padres *piensan* y lo que le *dicen* a sus hijos. Este desfase entre los procesos rememorativos interiores y la memoria transmitida narrativamente permite aquilatar el peso que tienen en cada momento los silencios intergeneracionales, caracterizando la España de Franco como un lugar en donde «en las casas de los vencidos el silencio se había apoderado de todo, y, en las de los vencedores, el ruido impedía oír casi nada» (Chirbes 2002: 107).

Aunque también en las familias de los vencedores se producen silencios a medida que lo que fue considerado en su día legítimo deja de resultar aceptable, donde más pesa este pasado que no se puede hacer presente es, por supuesto, en las familias de los vencidos; allí es donde más patente se hace el peso de humillación y resentimiento que deja el tener que ceder ante las intimidaciones, las censuras y las amenazas. La renuncia al propio relato es presentada por Chirbes como un proceso que desorganiza la identidad al tiempo que bloquea su reconstrucción. Así es ejemplificado en *La larga marcha* (1996) a través de la figura del Doctor Tabarca, un brillante científico y cirujano inhabilitado al final de la guerra para el ejercicio de su profesión. En la primera parte de la novela, este personaje, que se califica a sí mismo como un «cadáver viviente», alguien a quien se dejó vivir «a cambio de dejar de ser [él] mismo» (Chirbes 1996: 91), pone todo su empeño en no olvidar: «... no olvidar la forma de los virus, la textura de las bacterias, el peso del miedo» (99), y sobre todo «no olvidar el que uno mismo fue antes de que le rompieran la columna vertebral y lo convirtieran en un pelele asustado que aparta

disimuladamente los visillos en la noche... » (91). Pese a este esfuerzo rememorativo, en la segunda parte el Doctor Tabarca reaparece como un personaje « mutilado de su propio pasado ». Ello se vuelve particularmente evidente en una escena en donde, confrontado con algunos de los textos que lo marcaron en su juventud, ya no experimenta más que rechazo:

[...] al ver aquellas hojas amarillentas de las ediciones soviéticas, volvió a verse a sí mismo, se encontró con su juventud en la Universidad de Madrid, en el café Pombo, en la Biblioteca Nacional, hojeando libros como aquéllos, leyéndolos a la luz de un flexo en su habitación de soltero de la calle de la Bola [...] al leer, sintió rencor por aquellas frases [...] rencor por las palabras de esperanza que habían llevado a tanta gente a involucrase en banderas rojas, a llorar de ilusión en los cinco continentes ante la hoz y el martillo que venían impresos en la portada de aquellos libros soviéticos, y que habían sido señales de una anunciación que llevó a tanta gente a soñar algo que no había llegado, que no iba a llegar nunca, y cuya tardanza lo había llenado todo de sangre y de miedo. (Chirbes 1996: 277-278)

Casi sin apercibirse de ello, este personaje ha acabado interiorizado las tesis de los vencedores, atribuyendo también él la responsabilidad de la Guerra Civil a las ideologías de izquierdas que revolucionaron el país. El ideario que lo convocó en el 36 se le antoja ahora como quimérico; como un montón de falsas promesas por las que el país hubo de pagar un precio demasiado alto. La educación que a partir de ahí le proporciona a sus hijas tiene un sesgo esencialmente conservador: sin ocultarles su historia, esencial para explicar el desclasamiento de la familia, busca inculcarles su actual escepticismo frente a toda clase de ideologías, vacunarlas contra el peligroso encanto de las utopías, transmitirles ese fino olfato frente al peligro que adquieren los supervivientes (275). Consecuentemente, lo que prima en él al descubrir la militancia clandestina de su hija Helena no es el orgullo de reconocer en ella su propia rebeldía juvenil, sino el deseo de salvarla de sí misma, prohibiéndole su activismo político. Mientras registra su habitación, revuelve entre cajones, armarios y carpetas, quema libros y panfletos, es consciente de que en cierto modo se está traicionando a sí mismo, pero lo fundamental para él es evitar que su hija se convierta « en la segunda parte de su derrota » (278).

Lo que se insinúa aquí es que los padres se autocensuran con tal de evitarles a los hijos un legado de humillaciones, de dolor y resentimiento. Renuncian a su relato a fin de asegurar el futuro de sus hijos. En esta actitud localiza Chirbes el origen de la desvinculación generacional que va a tener lugar en España. Coincide en esto con las tesis ampliamente desarrolladas por Jesús Izquierdo Martín y Pablo Sánchez León en su libro sobre el procesamiento generacional de la memoria de la Guerra Civil, *La guerra que nos han contado. 1936 y nosotros* (2006). Debido a la degradación de los relatos familiares se rompe, según estos autores, « el vínculo moral e ideológico » entre la primera

y la segunda generación (2006: 34). Y esta desvinculación es relacionada con el extraño vacío en el que se sitúa la joven democracia al no poder considerarse ni heredera del régimen ni atreverse tampoco a proclamarse sucesora de la Segunda República. La mitificación del propio proceso transicional acaba siendo adoptada así como único relato fundacional posible (2006).

Aunque sean los padres quienes propicien con sus silencios, o con sus relatos cambiados, la desmemoria de los hijos, ello no los protege de la frustración que experimentan ante la desvinculación generacional resultante. Este es el conflicto escenificado en *La buena letra* (1992), una novela de tono intimista, diseñada para atraer al lector hacia la órbita de la narradora, una mujer humilde profundamente herida por la insistencia de su hijo en derribar la casa familiar. Semejante insensibilidad frente al significado que tiene para ella la casa en tanto que depositaria de todas sus memorias la convence de que los sacrificios realizados en su día para que su hijo estudiara, para que alcanzara una vida mejor, no han hecho sino alejarlo de ella, acercándolo a los que para ella siguen siendo los vencedores. A través de la carta que le escribe no aspira a apartarlo de la rama de la familia que durante la posguerra se sumó al bando de los vencedores, pero sí a privarlo de la falsa inocencia en que ella misma lo educó. Esta dislocación entre madre e hijo, percibida como irrevocable, es equiparada al final de su carta a una segunda derrota que confirma y vuelve definitiva la ya sufrida en el 39: « ...porque, cuando también yo me haya ido, las sombras se borrarán un poco más y el viejo sufrimiento habrá sido aun más inútil » (Chirbes 2002 [1992]: 153). La amargura que este final destila entraña una denuncia de las heridas causadas por la política de olvidos practicada por la segunda generación, que es la del propio Chirbes, y a la que éste siempre ha reprochado el haber preferido « curarse con la medicina del olvido en lugar de aprender con el purgante de la memoria » (Chirbes 2003: 8).

### 3. *La larga marcha, La caída de Madrid, Los viejos amigos*

La estructura bipolar adoptada en la trilogía conformada por *La larga marcha* (1996), *La caída de Madrid* (2000) y *Los viejos amigos* (2003) resalta el énfasis puesto en el conflicto generacional entre memoria y postmemoria. Considerada por el propio Chirbes como « una novela de generaciones sobre todo » (Wichmann 2001: 132), la primera novela del ciclo, *La larga marcha*, aparece dividida en dos partes, una, titulada *El ejército del Ebro*, situada en los años cincuenta y protagonizada por los personajes de la primera generación, y la otra, que significativamente se titula *La joven guardia*, centrada en los conflictos generacionales, políticos y familiares que estallan a media que los hijos entran a finales de los sesenta en la universidad y se politizan. La segunda novela, *La caída de Madrid*, tiene asimismo carácter coral, plasmando el

estado de ánimo de la sociedad española la víspera de la muerte de Franco.<sup>5</sup> El arco temporal se cierra a comienzos del 2000 con *Los viejos amigos* (2003), en donde se plantea la pregunta de quiénes fueron los perdedores y quiénes los ganadores de la Transición. Aquí han desaparecido finalmente los integrantes de la primera generación, pero la temática de la desmemoria se mantiene a través del motivo de la especulación inmobiliaria, ya desarrollado en *La buena letra* (1992), y que será retomado con aun más crudeza en *Crematorio* (2007).

Si en *La larga marcha* se enfatiza la frustración experimentada por los padres ante la imposibilidad de transmitir su experiencia a los hijos (como se vio en el caso del Doctor Tabarca), en *La caída de Madrid* se ponen de relieve las consecuencias que tendrá este salto generacional para la trayectoria colectiva del país. Los juicios más duros al respecto aparecen puestos en boca del Profesor Chacón, un intelectual recién regresado del exilio, que inicialmente busca ante todo la cercanía de los jóvenes a los que ve como depositarios de toda esperanza de cambio. Tanto mayor es su decepción al convencerse de que debajo de una epidermis revolucionaria se oculta el sustrato dejado por una educación totalitaria:

Yo creía que España se había paralizado a la espera de que volviéramos, que todo seguía igual, con un vacío en algún lugar que nosotros llenaríamos, pero no, no es así. España ha cambiado y no es nuestra, es de ellos. Hay una juventud, una juventud que han formado ellos, que es parte de ellos aunque se les opongá. Son los anticuerpos que ellos mismos han creado para salvarse cuando enfermen de verdad, la vacuna para que el país siga siendo suyo. (Chirbes 2000: 186)

El diagnóstico de Chacón es formulado en términos muy similares a los que usara Max Aub, un autor muy admirado por Chirbes, en *La gallina ciega: diario español* (1995 [1971]). Con una lucidez sin paliativos, Aub recoge en su diario las impresiones que le produce la España de 1969, reconociendo sentirse « como un turista al revés » – alguien que viene a ver lo que ya no existe. Sobre todo los jóvenes, profundamente marcados por lo que más tarde dará en llamarse « el franquismo sociológico, ya no comparten ninguna de sus claves:

Cómo van a crecer estos niños? Todavía más ignorantes de la verdad que sus padres. Porque éstos no quieren saber, sabiendo; en cambio, estos nanos no sabrán nunca nada. Es una ventaja, dirán. No lo creo. (Aub 1995 [1971]: 251)

Sin obviar los esfuerzos realizados por la juventud del tardofranquismo a fin de reconquistar las libertades canceladas y forzar un cambio de régimen,

<sup>5</sup> Ver al respecto el capítulo que Ana Luengo dedica al análisis de *La caída de Madrid* en su libro *La encrucijada de la memoria* (2004).

Chirbes deja entrever sus carencias formativas: estos jóvenes que corren delante de los « grises », y pegan pasquines, y acuden a reuniones clandestinas, navegan sin brújula, con una educación precaria, sin apenas figuras de referencia, casi sin libros. Aunque algunos acabarán pagando un precio muy alto por su compromiso – y esto es algo que se subraya en las tres novelas – también resulta evidente que muchos se politizan atraídos por el *glamour* de lo prohibido. E incluso los más comprometidos adolecen en la mayoría de los casos de la coherencia y de la formación que serían necesarias para plantear una impugnación racional y fundada del régimen. Por más que hablen de « las condiciones subjetivas del país », invocando un futuro progresista « históricamente viable », resulta en todo momento evidente que saben muy poco de la realidad en la que viven y que no tienen relación alguna con el proletariado con el que pretenden hacer la revolución. « Eso son cosas que decís los estudiantes porque no sabéis lo que es un obrero », les espeta Gregorio a sus camaradas de partido en *La larga marcha* (Chirbes 2000: 332). La « colectivización de los bienes y de los cuerpos » (Chirbes 2000: 366), tan insistentemente reclamada, no asoma por ninguna parte, puesto que en las vidas de todos lo privado siempre acaba cruzándose, e imponiéndose, a lo colectivo. Al final de *La larga marcha*, estas contradicciones entre los discursos públicos y las prácticas privadas están a punto de precipitar la disolución de la célula cuando ésta cae finalmente a consecuencia de una redada policial.

Encerrados en los sótanos de la Dirección General de Seguridad, brutalmente golpeados y torturados, al final de *La larga marcha*, Helena, Luis, Gregorio y Carmelo no alcanzan a reconstruir los procesos que finalmente han conducido a su detención. No caen en la cuenta de que fueron denunciados por la madre de Gloria, ni reparan en que ya solo son cuatro, puesto que Ignacio Mendieta y Gloria fueron puestos en libertad inmediatamente.<sup>6</sup> Para el lector ello resulta, no obstante, evidente. Multitud de indicios indicaban ya de entrada que las parejas, tan desiguales, formadas por Helena Tabarca e Ignacio Mendieta, Gloria Giner y Luis Coronado no estaban destinadas a perdurar. Eran Gloria e Ignacio, los hijos de « buena familia », los que acabarían casándose entre ellos, igual que Marga y Quini en *La caída de Madrid*, o Narciso y Ana en *Los viejos amigos*. Por más que al final de *La caída de Madrid* Quini Ricart afirme repetidamente, y casi con las mismas palabras que empleara Hanno en *Los Buddenbrook*, su deseo de « No ser nada, no querer ser nada » (Chirbes 2000: 276, 277 y 278), todo apunta a que acabará ingre-

<sup>6</sup> Chirbes, que estuvo detenido por aquellos años, vuelve en varias de sus novelas sobre estos procesos de detención, subrayando el diferente trato recibido por los hijos de familias afines al régimen.

sando en el negocio familiar, « Ricartmoble » y se casará con Marga para que finalmente « se junten las palas de pescado de las dos casas » (*ibid.* 283). El paso siguiente, igualmente previsible, consistirá en olvidar la revolución y asumir las políticas posibilistas y « razonables » encaminadas a salvaguardar el *status quo*, siguiendo el ejemplo de Taboada, quien al final de *La caída de Madrid* ya ha dado el paso de « volverse con los de su clase »:

Taboada al final había llorado y lo había abrazado y le había dicho que él, Lucio, era su mejor amigo. « No tengo otro como tú. Si me necesitas pásate por el despacho », le había dicho con los ojos húmedos. Pero, después, se habían cruzado tres o cuatro veces por Madrid y Taboada había fingido no conocerlo. Poco tiempo más tarde, Ezequiel le había contado a Lucio que Taboada se juntaba con un grupo de profesores y abogados que habían montado una academia de sociología, mantenían reuniones con gente que venía del régimen, o muy cercana a él, y hablaban de la política utópica, que era la de los comunistas, a quienes había que cerrarles el paso, y de la política posible, que era la de los socialdemócratas. (Chirbes 2000: 161)

Confinados en celdas de apenas dos metros, y sometidos a palizas interminables, sus antiguos camaradas de partido permanecen al final de *La larga marcha* ajenos a tales reflexiones; ya no aciertan a sentir más que una violenta añoranza de su cotidianidad perdida. El recuerdo de la casa del pueblo abandonada hace años es evocado por Carmelo como un símbolo de la continuidad generacional perdida:

[...] aceptó que seguramente tendrían que pasar años antes de que su voz sonara con las que emitía allí arriba aquella gente que bromeaba, reía y se encaminaba a sus casas... Fue en aquel momento cuando quiso volver atrás, pedirle a alguien una tregua, que echasen a andar en dirección contraria las manecillas del reloj, establecer con un interlocutor válido que lo devolviera a la normalidad. Recordó con viveza el rumor del torrente de su casa de Fiz, las camelias y las jacarandás (...) y quiso echarse a correr atrás, hacia todo aquello que de repente sabía que ya nunca volvería a ver porque yacía enterrado para siempre bajo el agua de un pantano. Una tregua. La normalidad. Tenía ganas de llorar. (Chirbes 1996: 390 - 391)

En *La caída de Madrid* y en *Los viejos amigos* resulta aún más evidente lo que ya se anuncia en *La larga marcha*: el peso ejercido por los intereses económicos y sociales tanto en lo privado como en lo público. Los cambios de pareja y de filiación política ilustran el poder del dinero, que queda una y otra vez por encima de las ideologías.<sup>7</sup> Y también se va perfilando cada vez más clara-

<sup>7</sup> Temática estudiada por María-Teresa Ibáñez Ehrlich en « Memoria y revolución: el desengaño de una quimera » (2006).

mente la pregunta por la instrumentalización política de una memoria que únicamente constituye un fin en sí mismo para las víctimas. Para los que detentan el poder, o quieren acceder a él, es ante todo un medio, un discurso que manejan o bien para asegurarse los privilegios adquiridos y cimentados durante cuarenta años de dictadura, o bien para negociar el proceso de transición política. Para el cerebro del grupo, el abogado Taboada, resulta evidente que los relatos testimoniales van a ser sacrificados en aras de un proceso político preocupado ante todo por la estabilidad general del sistema. Y que ciertamente no va a ser el relato de los damnificados el que prevalecerá a largo plazo. Así se lo expone a su amigo y camarada Lucio antes de dejar de saludarlo una vez incorporado a un bufete de prestigio:

Lo que no quede escrito no habrá existido, y lo que ha existido lo escribirán ellos. Así que ya sabes, dentro de unos años no habréis existido. Tu pasado me lo inventaré yo a la medida de mis necesidades. Tu lucha será una medalla que me pondré en mi solapa. [...] porque esos años los escribiré yo, si sobrevivo y regreso a mi clase. Los escribirá gente como yo, y os los quitaremos, te los quitaré, y no podrás hacer nada contra eso. La historia es de los que saben que existe. (Chirbes 2000: 155)

Así y con todo, no va a ser más que en *Los viejos amigos* cuando todos estos personajes estén finalmente en condiciones de enfrentarse a la pregunta de quién hizo y quién escribió su propia historia, la historia de la Transición. Pues no es más que al volver la vista atrás, cuando cobran conciencia de que el fracaso de sus ideales de juventud era una realidad previsible. Lo que acaban preguntándose es cómo no vieron llegar el Tsunami que se llevó por delante las señas de identidad de su época estudiantil; cómo no supieron ver que todo aquello (su lucha, su compromiso) era un esfuerzo inútil, un sacrificio sin sentido: « Pensábamos que aquella experiencia iba a unirnos, y no, y cuando nos despertamos del sueño, nos dimos cuenta de que era al revés... Tanto esfuerzo para nada. » (Chirbes 2003: 149). Veinticinco años después, se sorprenden de que no supieron darse cuenta de que los administradores y relatores de esta historia iban a ser los de siempre, más algunos tráfugas, oportunistas y pragmáticos, personajes todos ellos con « mucha cintura » como Narciso o Taboada, que nada más morir Franco abandonaron sus proyectos de « marchar sobre Madrid » (*ibid.*: 96), se olvidaron de la revolución « históricamente inevitable » (Chirbes 2000: 104), dejaron de hablar de « los valores campesinos y obreros » (*ibid.*: 110), para pasar a defender la necesidad de una « reconciliación nacional »: « ...y es curioso que los más lúcidos de entonces fueran los más ignorantes de después, los que menos veían lo que había que ver, los que menos vieron lo que iba a llegar... » (Chirbes 2003: 150). La amargura y el cinismo con el que ahora constatan la futilidad de su lucha a favor de una profunda democratización



del sistema (no de una «ruptura pactada») se ve acentuada por el reconocimiento de que ni tan siquiera entonces llegaron a ser sujetos de su propia historia: «Fuimos así, porque los tiempos eran así...» (*ibid.*: 59). Y cuando miran a su alrededor, comprueban que las estructuras son nuevamente inamovibles:

Claro que para entonces ya era tarde, unos se habían colocado en los recovecos de la política y hablaban a todas horas de Europa, de competitividad etc., etc... o, cabeza de ratón, se han quedado en sus autonomías del sur, haciendo rayas sobre el mapa, diciendo aquí un polígono, aquí una avenida, aquí una repoblación, han convertido en su coto privado el terreno público, el terreno privado ya es, era y seguirá siendo de los que tienen los cotos privados [...]. (Chirbes 2003: 181)

Y es así como, después de recoger los silencios de la posguerra y de seguirle la pista al incipiente discurso político de la Transición, este ciclo narrativo desemboca finalmente en una visión sumamente escéptica y desencantada de esa etapa de la historia española, interpretándola como una oportunidad histórica perdida.

Tuvimos la oportunidad de descubrir que la elaboración de la cultura como elemento decisivo de la memoria es una parcela más de una guerra que se prolonga por otros medios y que se vuelve más cruel en el momento en el que los más se hacen fuertes frente a los menos.

Nos lo enseñó la transición, que no fue un pacto sino la aplicación de una nueva estrategia en esa guerra de dominio de los menos sobre los más...

[...] Veo hoy a quienes apenas han tenido tiempo de cambiarse el uniforme con que mataron a los muertos, homenajearlos, inaugurar fundaciones que llevan el nombre de las víctimas y dar conciertos en su honor, derrotándolos una vez más, queriéndonos demostrar a todos con sus gestos lo poco que vale la obra de un autor, lo inútiles que son las palabras que se escriben y los gestos que se efectúan contra el poder, porque siempre acaban siendo propiedad de quien es propietario de todas las cosas. (Chirbes 2002: 108)

##### 5. Consideraciones finales. El concepto de postmemoria en Chirbes y en la segunda generación de la Shoah

Si se revisa a partir de lo presentado hasta aquí el concepto subyacente de memoria, se llega a la conclusión de que en la narrativa de Chirbes las discontinuidades generacionales pesan más que las continuidades. Lo que se enfatiza es ante todo la dislocación generacional resultante de un proceso de transmisión fallido, lo cual supone una diferencia muy importante frente a los planteamientos de la literatura generada por los descendientes de los supervivientes de la Shoah («Second generation memory»). También ella se articula en torno a la presencia de una ausencia, enfatizando los silencios que bloquean el relato parental. Pese a ello el trauma vivido por la primera gene-

ración es asumido por los hijos como una herida abierta que los mantiene ligados a un pasado no vivido pero heredado.

Consecuentemente, al analizar los textos de esta segunda generación, investigadores como Berger (1990), Young (1998), McGlothlin (2006) o Hirsch (2001, 2008) han enfatizado ante todo los mecanismos psicológicos en virtud de los cuales el sufrimiento experimentado por la primera generación sigue actuando sobre la segunda. Enfatizan el hecho de que, aun mostrándose hiperconscientes de la incomunicabilidad del testimonio, los hijos asumen una obligación conmemorativa. Marianne Hirsch acuñó el concepto de «Postmemory» a fin de enfatizar esta vinculación intergeneracional, valiéndose de términos como «reactive» o «reembody» a fin de subrayar la componente no verbal de este proceso así como el carácter casi inconsciente de la identificación que fomenta:

... that descendants of survivors (of victims as well as perpetrators) of massive traumatic events connect so deeply to the previous generation's remembrances of the past that they need to call that connection *memory* and thus that, in certain extreme circumstances, memory can be transmitted to those who were not actually there to live an event. (Hirsch 2008: 106)

Postmemorial work, I want to suggest – and this is the central point of my argument in this essay – strives to *reactivate* and *reembody* more distant social/national and archival/cultural memorial structures by reinvesting them with resonant individual and familial forms of mediation and aesthetic expression. (Hirsch 2008: 111)

Frente a esto, la narrativa de Chirbes atribuye una importancia capital a los factores culturales y políticos capaces de bloquear el trasvase intergeneracional de los recuerdos. En lugar de enmarcar la memoria heredada dentro de un contexto ante todo familiar, Chirbes concede una atención fundamental a los marcos sociales de la memoria. Su narrativa subraya la presión a la que se vio sometida en España la memoria individual primero durante la dictadura y más tarde por parte de la cultura transicional. La politización vivida por los miembros de su generación durante los últimos años del régimen y los primeros de la democracia es interpretada como un proceso que propició la subordinación de los relatos heredados a un discurso mucho más generalista, y aprendido, que sometía la memoria al primado de intereses políticos y partidistas. Una vez desentrañados tales mecanismos, Chirbes busca invertirlos, pronunciando, en su propio nombre y el de su generación, el *Kaddisch* por esa memoria perdida, y reclamando un lugar para lo que queda de ella. Y es que, a su modo de ver, el tiempo no se basta por sí solo para poner las cosas en su sitio; «Lejos de corregir las injusticias del pasado, el olvido y la desmemoria las hace aún más profundas» (2002 [1992]: 10).

**Lista bibliográfica**

- Assmann, Aleida (1999): *Erinnerungsräume. Formen und Wandlungen des kulturellen Gedächtnisses*. München, C. H. Beck.
- Aub, Max (1995 [1971]): *La gallina ciega: diario español*. Barcelona, Alba.
- Berger, Alan L. (1990): Bearing Witness: Second Generation Literature of the Shoah. *Modern Judaism* vol. 10, Nº 1, 43-63.
- Chirbes, Rafael (1996): *La larga marcha*. Barcelona, Anagrama.
- Chirbes, Rafael (2000): *La caída de Madrid*. Barcelona, Anagrama.
- Chirbes, Rafael (2002 [1992]): *La buena letra*. Barcelona, Anagrama.
- Chirbes, Rafael (2002): *El novelista perplejo*. Barcelona, Anagrama.
- Chirbes, Rafael (2003): *Los viejos amigos*. Barcelona, Anagrama.
- Chirbes, Rafael (2007): *Crematorio*. Barcelona, Anagrama.
- Cifre Wibrow, Patricia (2011): Conflicto entre memorias y entre generaciones: *La muchacha de las bragas de oro* de Juan Marsé y *Stille Zeile sechs* de Monika Maron. *Revista Iberoamericana* XI/41, 7-23.
- Cifre Wibrow, Patricia (2012): Configuración de la memoria en *Soldados de Salamina*. *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada* 18, 216-230.
- Cifre Wibrow, Patricia (2013): Las relaciones presente-pasado en el panorama crítico-literario alemán y español, in Cruz Suárez, Juan Carlos & Diana González Martín (eds): *La memoria novelada II. Ficcionalización, documentalismo y lugares de la memoria en la narrativa memorialista española*. Bern, Peter Lang: 63-82.
- Hansen, Hans Lauge (2013): El cronotopo del pasado presente. La relación entre ficcionalización literaria y lugares de reconocimiento en la novela española actual de la memoria, in Cruz Suárez, Juan Carlos & Diana González Martín (eds): *La memoria novelada II. Ficcionalización, documentalismo y lugares de la memoria en la narrativa memorialista española*. Bern, Peter Lang, 23-41.
- Halbwachs, Maurice (2004 [1925]): *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona, Anthropos.
- Hirsch, Marianne (2001): Surviving Images: Holocaust Photographs and the Work of Postmemory. *The Yale Journal of Criticism* 14, nº 1, 5-37.
- Hirsch, Marianne (2008). The Generation of Postmemory. *Poetics Today* 29, 1 (Spring), 103-128.
- Ibáñez Ehrlich, María Teresa (2006): Memoria y revolución: el desengaño de una quimera, in Ibáñez Ehrlich, María Teresa (ed.): *Ensayos sobre Rafael Chirbes*. Frankfurt am Main/Madrid, Vervuert/Iberoamericana, 159-180.
- Izquierdo Martín, Jesús & Pablo Sánchez León (2006): *La guerra que nos han contado. 1936 y nosotros*. Madrid, Alianza.

- Luengo, Ana (2004): *La encrucijada de la memoria. La memoria colectiva de la Guerra Civil Española en la novela contemporánea*. Verlag Walter Frei, Berlin.
- McGlothlin, Erin (2006): *Second-Generation Holocaust Literature. Legacies of Survival and Perpetration*. Camden, Rochester.
- Welzer, Harald et al. (2010 [2002]): « Opa war kein Nazi. » *Nationalsozialismus und Holocaust im Familiengedächtnis*. Frankfurt am Main, Fischer Verlag.
- Wichmann, Julia (2001): *Von politischer Geschichte zu alltäglichen Geschichten: Die Darstellung Franco-Spaniens in Rafael Chirbes' Roman « La larga marcha »*. Magisterarbeit an der Johann Wolfgang Goethe, Universität Frankfurt am Main.
- Young, James E. (1998): The Holocaust as Vicarious Past: Art Spiegelman's *Maus* and the Afterimages of History. *Critical Inquiry* 24, nº 3, 666-700.